

cantos de la aurora, los humos de cada chimenea, todos los accidentes de aquella naturaleza singular, habian acabado por serme familiares, y me divertian. Amaba mi cárcel, porque era tal vez voluntaria. Aquellas praderas de Paris formadas por techos anivelados como un llano, pero que cubrian abismos poblados, venian hácia mi alma, y se armonizaban con mis pensamientos.—¡Cuan pesado es volver á entrar bruscamente en el mundo al bajar de las alturas celestiales cuando á ellas hemos subido por las meditaciones científicas! Asi es, que entonces concebí perfectamente lo que se llama privacion de un monasterio...

XIX.

Cuando me hube resuelto á seguir invariablemente el espuesto plan de vida, traté de buscar mi habitacion en los barrios mas silenciosos de Paris. Al volver una tarde de la Estrapada, pasaba por la calle de los Corderos para irme á mi casa. En el ángulo de la calle de Cluny, vi una niña de unos catorce años que jugaba con una compañera suya. Sus risas y lijereza divertian á los vecinos. El tiempo estaba sereno, era caliente la tarde, el mes de setiembre todavia duraba. En todas las puertas habia mujeres sentadas jugando como en un pueblo de provincia en algun dia de fiesta. Chocóme luego la niña por la fisonomia que era de una espresion admirable,

no menos que por todo su cuerpo hecho á propósito para un pintor; para mí aquella escena fué sublime. Luego pensando en los motivos de tanta sencillez en el seno de París, observé que no conduciendo la calle á ningun punto muy interesante; debía ser muy poco frecuentada. Acudiéndome entonces á la memoria que me hallaba en la calle que habitára Rousseau, no hice mas que mirar, y presentóseme la posada de San-Quintin. El estado de visible decadencia en que se hallaba, hizome esperar, que en ella encontraría el sitio que yo buscaba; determiné pues visitarla.

Al entrar en una sala baja, ví los clásicos candeleros de laton guarnecidos de sus velas, metódicamente alineados sobre cada una de sus llaves, y fuí forzado á admirar la limpieza que reinaba en toda aquella sala, de ordinario muy mal arreglada por todas partes. Estaba cuidada como un cuadro reciente, y los utensilios, muebles y cama azul, tenían la coqueteria de una naturaleza de convención. La dueña de la casa, mujer de unos cuarenta años se levantó, y vino á mi encuentro. Veíanse en sus facciones infortunios escritos, y su mirada estaba como empañada de tanto llorar. Propúselá humildemente el precio de mi alquiler; sin parecer admirada de su escasez, buscó entre las demas una llave.

Condujome entonces por las alturas de su casa

y mostróme un cuarto que daba á los techos sobre los oscuros desvanes de las vecinas casas y por cuyas ventanas pasaban largas cuerdas cargadas de ropa blanca... Nada podia verse mas horrible.

Aquella manida de amarillas y mugrientas paredes olía á miseria y llamaba su sabio. La techumbre iba abajándose muy irregularmente y sus dislocadas tejas permitian entrever el cielo..... Habia justamente lugar para una cama, una mesa y pocas sillas; y bajo el ángulo obtuso del techo podia colocar el piano. Como la pobre mujer era sobrado menesterosa para amueblar aquella jaula digna de las cárceles de Venecia, nunca habia podido alquilarla. Pero por haber esceptuado precisamente de mi venta jeneral los objetos que me eran en algun modo personales, fué muy pronto concluido el convenio y al dia siguiente héteme instalado en mi retrete.

Por espacio de casi tres años viví en aquel sepulcro aéreo, trabajando incesantemente de noche y de dia con tanto placer, que el estudio me parecia ser el tema mas bello, la solucion mas feliz de una vida humana...

La calma y el silencio de que el sabio necesita tienen cierta dulzura, parecida á los encantos del amor. El ejercicio del pensamiento, la investigacion de las ideas, las tranquilas contemplaciones de la ciencia nos prodigan inefables delicias, indescriptibles como todo cuanto participa de inteligencia cuyos fe-

nómenos son inapeables para los sentidos esternos del hombre. Por esto estamos siempre obligados á explicar los misterios del espíritu por medio de comparaciones con la materia. Sin embargo, el placer de nadar en una cristalina laguna circunvalada de rocas, árboles y flores, solo, y acariciado por mullida brisa, daría al ignorante una idea bien flaca aun, de la dicha que experimentaba al sentir mi alma bañada en los esplendores de no sé que luz, al escuchar las poderosas y confusas voces de la inspiracion, al chorrear de un manantial desconocido tantas imágenes en mi cerebro palpitante. Oh! figurarse una idea cuando apunta por el vacío de las abstracciones humanas como la salida del sol por la mañana, como él elevándose lanzando rayos; ó mejor todavía, verla nacer, crecer y robustecerse; esprimirla y considerarla inmortal... es una alegría igual á todas las alegrías terrenales, ó mejor es un placer divino. A mas de esto, el estudio comunica cierta majia á todo cuanto nos rodea.

El humilde escritorio y la morena badana de que estaba cubierto, el piano, la cama, el sillón, los dibujos del papel pintado, los muebles mas insignificantes, tomaron cierta vida y se convirtieron en jenerosos amigos míos, en cómplices silenciosos de mi porvenir... ¡ Cuantas veces con afecto inesprimible les comuniqué mi alma!... A menudo, con solo pasear mis ojos sobre una moldura descalabrada,

acudíanme nuevos desarrollos ó una prueba orijinal de mi sistema, ó palabras que yo creía precisas para manifestar pensamientos antes de mi intraducibles... A fuerza de contemplar sus particularidades, descubria en cada objeto una fisonomía, un carácter, y no pocas veces me consolaban con su lenguaje. Si al ponerse el sol, alguno de sus rayos tiraba por sobre los techos algun pasajero resplandor á través de mi estrecha ventana, entonces tomaban su color propio, indicaban caprichos, palidecían, brillaban, entristecíanse ó se alegraban, sorprendiendome siempre por mil efectos orijinales.

Esos menudos accidentes de la vida solitaria escapan á las preocupaciones del mundo, sin que pueda concebir el consuelo que dán á los encarcelados. Pero yo me hallaba aprisionado por una idea, cautivado en un sistema, mas, sostenido por la perspectiva de una vida de gloria.

Asi es, que á medida que superaba dificultades, me estasiaba besando las delicadas manos de la bella, elegante y rica mujer, que acariciase un dia mis cabellos diciendome con ternura:

— Cuanto has sufrido, pobre anjel mio!...

Dos obras grandes habia emprendido. Primeramente, una comedia que debia alcanzarme en pocos dias nombre y fortuna, á mas la entrada de ese mundo ante quien queria presentarme de nuevo como hombre distinguido.

Todos visteis en mi obra maestra el primer error de un jóven al salir del colejio, una verdadera niñeria... Vuestras jocosidades destruyeron ilusiones fecundas, y que nunca mas han vuelto á despertarse.

Sin embargo, tú, y solo tú, mi buen Emilio, calmaste la llaga profunda que otros abrieron en mi corazon. Tu admiraste mi *Teoria de la voluntad*.... esa obra estensa, para la cual aprendí las lenguas orientales, la anatomia, la fisiolojia, á cuya obra consagrara la mayor parte de mi vida; y una obra que sino me engaño debe completar los trabajos de Mesmér, de Lavater, de Gall, de Bichat, abriendo nuevo camino á la ciencia humana...

Aqui dá fin mi bella vida, aquella vida secreta, aquel sacrificio de cada dia, aquel trabajo de gusano de seda, desconocido en el mundo, y cuya sola recompensa consiste quiza en el trabajo mismo.

Desde la edad de razon hasta el dia en que hu- be concluido mi *teoria*, aprendí, observé, leí, escribí sin cesar, y puedo decir que mi vida fué un largo viaje mental.

Siendo idólatra afeminado de la pereza oriental, enamorado de mis poéticos ensueños, voluptuoso y sensual, hé no obstante trabajado siempre, rehusándome yo mismo todos los deleites de la vida juvenil. Amante como el primero de la gastronomía, pude conservar la sobriedad que me propuse. Aficionado á correr y á los viajes marítimos con ar-

dientes deseos de visitar muchos países, complaciéndome aun en hacer saltar piedras sobre el agua; pude mantenerme constantemente sentado, con una pluma en la mano. Siendo de carácter algo bullicioso, iba á escuchar en silencio á los profesores en los cursos públicos de la Biblioteca y del Muséo. Hé dormido en mi cama solitaria ni mas ni menos que un relijioso de la órden mas severa; y sin embargo era la mujer mi sola quimera, quimera que estaba acariciando y que siempre me escapaba.

En pocas palabras, mi vida ha sido una cruel antítesis, una perpetua mentira. Luego id á juzgar los hombres del modo que se acostumbra; solamente por sus actos!...

A veces se despertaban todos mis gustos naturales, á manera de un incendio largo tiempo empollado. Y entonces por una especie de miraje ó de calenturienta permeabilidad veíame por entero, viudo, falto de todo y en una manida de artista, veíame digo, en aquellos instantes de ecsaltacion, rodeado de encantadoras mujeres; corría á través de las calles de París recostado en mullidos cojines de un equipaje brillante; y entonces me hallaba roido de vicios, hundido en el libertinaje, queriendolo todo y alcanzándolo todo. Estaba borracho en ayunas... Parecia esto á la tentacion de san Antonio.

El sueño, para mi bien, acababa por cubrir todas aquellas visiones devorantes. Y por la mañana, con-

vidábame sonriendo la ciencia, me llamaba y la era fiel.

Yo imagino que aquellas mujeres á quienes se dá el nombre de virtuosas no pueden dejar de ser arrastradas en esos torbellinos de locura, deseos, y pasiones, que en nuestro cuerpo fermentan bien á pesar nuestro. No obstante, esos estravíos tienen tambien su dulzura. Se parecen á aquellas conversaciones de la noche en invierno cuando nos trasladamos del hogar hasta la China. ¿Pero donde diablos se queda la virtud de las virtuosas durante esos deliciosos viajes en los cuales salta el pensamiento toda valla?...

CAPITULO ALFONSO

XX.

Durante los diez meses primeros de mi reclusion pasé la pobre y solitaria vida que te he pintado, yendo yo mismo por la mañana á buscar sin ser visto mi provision para todo el dia, arreglando mi cuarto, siendo yo mismo á la vez el amo y el criado y diojenizando con un orgullo que no puedes figurarte.

Pero pasados aquellos diez meses en que espieron la madre y la hija mis hábitos y costumbres, ecsaminaron mi persona y comprendieron sin duda la miseria mia, porque ellas tambien por su parte eran muy desgraciadas, estableciéronse algunos vínculos entre los tres.

La anjelical Paulina, aquella encantadora criatura cuyas humildes y secretas gracias me habian en algun modo conducido allí, me hizo algunos favores que no podia rehusar. Todas las desventuras son hermanas; tienen el mismo lenguaje, la misma jenerosidad, la jenerosidad de las personas que á falta de riquezas son pródigas de sentimiento, y pagan con su tiempo y con su sangre.

De modo que Paulina se instaló insensiblemente en mi cuarto. Quiso servirme y su madre no se opuso á ello. Hasta llegué á ver la madre misma componiendo mis camisas, y ruborizábase cuando la sorprendia en ocupacion tan caritativa. Acabé por ser su protegido á mi pesar, y acepté sus favores.

Para comprender aquella amistad es preciso conocer el afan del trabajo, la tiranía de las ideas, y penetrarse de aquella repugnancia instintiva del hombre que vive en las esferas del espíritu para los detalles de la vida mecánica.

¿Acaso era yo dueño de resistir á la delicada atencion con la cual me traia silenciosamente Paulina mi comida frugal cuando advertia que desde nueve ó diez horas no habia tomado alimento?

Con las gracias de la mujer y los atractivos de la infancia me sonreía, haciéndome con la mano una señal para verla, y nada mas. Era Ariel desliziándose como un pajarito por entre mi techo y previendo mis necesidades.

Una noche, Paulina me contó su historia con inocente injemidad. Su padre era comandante de caballería en la guardia imperial. En el paso del rio Berezina tan fatal á los franceses, los rusos le habian hecho prisionero. Y cuando despues Napoleon propuso el canje, le hicieron buscar en vano por la Siberia. Si debia darse crédito á las noticias de los demás prisioneros, se habia fugado con el intento de ir á las Indias.

Desde entonces madama Gaudin mi huéspedea, no habia vuelto á obtener mas noticias de su marido. Habian ya acaecido los desastres de 1814 y 1815; y encontrándose sola, sin recursos y sin apoyo, se habia determinado á tener una casa de habitaciones para mantener á su hija; sin embargo siempre confiaba que volveria á ver á su marido.

La pesadumbre que mas la afligia era dejar sin educacion á su Paulina, ahijada de la princesa Borghesia, la cual hubiera debido corresponder á los bellos destinos que le prometiera su real protectora.

Cuando madama Gaudin me comunicó su dolor amargo, y que me dijo con desgarrador acento:

De muy buena gana daria el pedazo de papel que creó á Gaudin baron del imperio y el derecho que teníamos á la dotacion Witschnau, para tener á Paulina educada en san Dionisio. ¡Ah! si Napoleon viviera!...

Estremecíme violentamente y tuve la idea de ofrecerme á educar á Paulina en reconocimiento de todas las atenciones que me prodigaban. El candor con que aceptaron mi proposicion fué igual á la sinceridad que la dictára.

Desde entonces tuve horas de recreo.

Tenia Paulina las disposiciones mas felices. Aprendiendo con la mayor facilidad, en poco tiempo tocó el piano tan bien como yo. Era toda gracia, todo encanto. Escuchábame siempre con recojimiento, fijando sobre mí sus ojos negros que parecian sonreirme. Daba sus lecciones con dulce y acariciador acento, manifestando infantil alegría cuando yo me mostraba satisfecho de sus adelantos. Su madre mas inquieta cada dia para librar de todo peligro á una niña que iba desarrollando todas las promesas anunciadas por las gracias de su infancia, veía con placer que se encerráse todo el dia para leer y aprender la leccion. No teniendo mas piano que el mio, aprovechaba de mis ausencias para estudiarla.

A mi vuelta la encontraba en mi cuarto en el tocado mas modesto; pero al menor movimiento que hiciese su elegante y blando talle, todos los atractivos de su persona se revelaban debajo el grosero vestido que la cubria. Su pie lindo estaba sepultado en innobles zapatos; parecia una reina en servidumbre.

Mas, sus bellos tesoros, su riqueza de vírjen y

todo aquel lujo de hermosura fué como no ecsistente para mí. Me hubiese horrorizado de engañar la confianza de su madre.

Asi es, que admiraba aquella vírjen como un cuadro, como el retrato de una querida muerta. Era criatura, mi estatua, y cual otro Pigmaleon queria convertir una vírjen colorada ó vivamente sensible y hablante en un mármol. Era severo con ella, y cuanto mas la hacia sufrir los efectos de mi despotismo majistral, tanto mas dulce y sometida la tenia.

Si me fortalecí en mi reserva y continencia por medio de nobles sentimientos, no me faltaron tampoco razones de procurador. Yo no puedo comprender la probidad en el dinero, sin la probidad en el pensamiento. Engañar á una mujer y hacer quiebra es lo mismo para mí. Amar una jóven ó dejarse amar por ella, constituye un verdadero contrato cuyas condiciones deben ser esplicitamente acatadas. Somos por cierto dueños de abandonar la mujer que se vende, pero no la jóven que se entrega, hasta que ignore la estension de su sacrificio.... Así que antes de ser traidor me hubiese casado con ella, y hubiera sido una locura. ¿No iba á tirar una alma buena y todavia inocente en un lago de estuendos martirios? Y entonces mi indijencia hablaba su lenguaje egoista y se interponia con su mano de hierro entre yo y la pobre Paulina...

Luego, debo confesar para mi confusion que no concibo el amor en la miseria.

Acaso será esto, en mí á lo menos, por depravacion debida á esa enfermedad humana que llamamos Civilizacion; pero si una mujer, aunque sea por otra parte mas seductora que la bella Helena, la Galatée de Homero, huele poco ni mucho á pobreza, ya no ejerce ningun poder en mis sentidos. Ah! viva el amor en la seda, en el cachemira, el amor rodeado de tantas maravillas del lujo que le adornan maravillosamente bien; y acaso consiste en que el amor mismo es un lujo tal vez! Me enajeno al considerar que debajo mis deseos manoséo preciosos vestidos y que quebranto flores, y ájo con mano devastadora elegantes edificios de embalsamadas cabbelleras... Y ojos ardientes ocultos bajo un velo de encaje que sus miradas desgarran con la enerjía de la llama que atraviesa el humo del cañon, me dejan saborear fantásticos deleites. Mi amor necesita escalas de seda montadas en silencio para una noche de invierno. Oh! que placer, llegar cubierto de nieve en un aposento iluminado por perfumes, tapizado de oro y de damasco... Y la mujer que en él me aguarda tambien sacude nieve como yo la sacudo.... ¿Y que son sino capas de nieve aquellos velos de voluptuosa muselina al traves de los cuales adivináis vagamente sus formas delineadas como las de ánjel en su nube, y que pronto va á

quitar para agradáros? Y aun necesito una felicidad medio incierta ó una seguridad que requiera atrevimiento... Por fin, deseo volver á encontrar aquella mujer misteriosa, pero radiante, y en medio del mundo, pero virtuosa y rodeada de homenajes, vestida de encajes y de diamantes, dando órdenes á Paris, y en alta posicion y tan imponente, que nadie se atrevá á declararla sus deseos...; Luego echarme, á mí, una mirada al soslayo, una mirada que quieva decir: no soy tan inaccesible para tí, una mirada en la que me sacrifique el mundo y los hombres!...

A la verdad, me hé encontrado mil veces ridículo de amar tan locamente algunos palmos de blondas, de terciopelo, de fina batista, las habilidades de un peluquero, las bujias, los cóches, un título, heráldicas coronas pintadas por vidrieros, ó por plateros fabricadas, y finalmente todo cuanto hay facticio, y menos *mujer* en la mujer. Pero todas mis reflexiones han sido inútiles. Una mujer aristocrática, con su fina sonrisa, la distincion de su porte, y el respeto de si misma, me deja siempre embelesado. Cuando considero que pone una barrera entre ella y el mundo, lisonjea todas las vanidades que para mi constituyen la mitad del amor. Mi felicidad, como que es envidiada de todos los demas, parece-me tener mas sabor, mas sublimidad. No haciendo lo que las otras mujeres, no andando, no viviendo como las demas; envolviéndose en una capa que

ellas no pueden poseer, respirando perfumes que las son peculiares, me parece infinitamente mas encantadora. En Francia, para mi bien, hace ya veinte años que no tenemos reina jóven: sino, hubiese amado la reina!...

Para parecerse en un todo á una princesa, una mujer debe ser rica. Por tanto, atentidas mis romancescas fantasías, ¿que era Paulina?... ¿Podia ella venderme noches que cuestan la vida, un amor que mata, y remueve los mas ocultos resortes de todas las facultades humanas?... ¿Que poco que nos desesperamos por pobres doncellas que se dan sin ceremonia!...

Jamas pude desarraigar esos sentimientos y desvarios de poeta... Habia nacido para el amor imposible, y quiso la casualidad que fuese servido aun mas allá de mis deseos.

Asi es, que mil veces vestí de raso los delicados pies de Paulina, aprisioné su talle, esvelto como un álamo jóven, y tiré sobre su seno una lijera banda, haciéndola hollar los tapices de su casa, y conduciéndola á un carruaje brillante... Asi travestida la hubiera adorado. Dábala un orgullo de que carecia, despojábala de todas sus virtudes, de sus inocentes gracias, de su delicioso natural, de su injénua sonrisa, para hundirla en el cenagal de nuestros vicios y volverla el corazon invulnerable, ataviarla con nuestros crímenes, y convertirla en

fantástico maniquí de los salones, hacerla una mujer melindrosa que se acuesta por la mañana, para renacer por la noche, á la aurora de las bujías... Estaba dotada de todo sentimiento, de la mayor lozanía; yo la deseaba seca y sin afectos jenerosos.

A los postrimeros dias de mi vida, la memoria me ha recordado Paulina, del modo que nos recuerda las escenas de la infancia, y mas de una vez me he quedado enternecido, representándome deliciosos momentos; ora me la representára junto á la mesa, ocupada en coser, apacible, silenciosa, levemente aclarada por la luz que cayendo de la claraboya dibujaba plateados reflejos sobre su bella cabellera; ora, viese su sonrisa y con su voz de rico timbre cantando los deliciosos himnos que ella misma componia sin trabajo. No pocas veces se exaltaba tocando el piano, y entonces asemejábase singularmente su semblante á la noble cabeza por medio de la cual quiso Carlo-Dolci representar la Poesía ó la Italia...

¡ Mi cruel memoria me tiraba despues aquella jóven al traves de las locuras de mi existencia como un remordimiento, como una imájen de la virtud! ¡ Pero dejemos la pobre doncella á su destino! Por mas desgraciada que sea, la habré puesto al abrigo de horribles borrascas, evitando de arrastrarla á mi infierno.